



Theologica Xaveriana

ISSN: 0120-3649

revistascientificasjaveriana@gmail.com

Pontificia Universidad Javeriana

Colombia

URIARTE C., JAVIER

"Más adelante en el Señor nuestro" Francisco Javier y su camino al servicio del Rey Eternal

Theologica Xaveriana, núm. 160, 2006, pp. 619-640

Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=191017562004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“Más adelante en el Señor nuestro” Francisco Javier y su camino al servicio del Rey Eternal*

JAVIER URIARTE C., S.J.**

RESUMEN

Se pretende presentar el gigantesco giro que dio la vida de Francisco Javier: de universitario a universal. Llegó a la Universidad de la Sorbona con la pretensión de formarse en estudios y de hacer carrera, probablemente eclesiástica, con la intención clara de recuperar la fama de su apellido y la honra de su familia, humillada por la derrota con la pérdida de autonomía del reino de Navarra. Su carácter abierto, su inteligencia brillante, su temperamento apasionado le daban un fuerte empuje para su proyecto. Se cruzó por su vida Ignacio de Loyola que, progresivamente, le fue abriendo a otros horizontes más universales y le fue inflamando su corazón con un seguimiento de total identificación con Cristo. Toda la fuerza de su ser, vivida en los Ejercicios, sobre todo en la meditación del Rey Eternal, la orientó a la conquista para el Evangelio de los pueblos más alejados, más distintos, más abandonados. Abrió para la Iglesia las culturas de Oriente y murió agotado por llevar a cabo esta tarea inmensa.

* VI Simposio sobre Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola "Del rey temporal al Rey Eternal: Peregrinación de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro", Bogotá 4 y 5 de agosto de 2006. Este artículo será publicado en la revista *Apuntes Ignacianos*.

** Licenciado en Teología Pastoral del Instituto Católico de París. Bachiller en Filosofía de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. Actualmente es superior de la comunidad Ignacio de Loyola en Lima, Perú; director del Centro de Espiritualidad Ignaciana, CEL, de Lima, Perú; asistente Nacional de la CVX; profesor de Historia del Arte e Historia de la Música en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya en Lima, Perú. Correo electrónico: ceiperu@telefonica.net.pe

Palabras clave: "Todo empezó en un cuarto de universitarios"; "de un rey a otro Rey"; "la pasión por el más"; "su casa era el mundo"; "vivir muriendo"; "siempre más adelante en el Señor nuestro".

Abstract

This paper looks at the gigantic turn experienced by Francis Xavier: from university student to universal man. He came to the Sorbonne University with the intention of becoming a scholar and to prepare himself for a career, probably an ecclesiastical one, desiring to recover the fame of his name and the honor of his family, humiliated by the defeat and the loss of autonomy of the Kingdom of Navarre. His open-minded character, his brilliant intelligence, his passionate personality gave a strong impulse to his project. Ignatius of Loyola came across his life, who progressively opened his mind to more universal horizons and kindled his heart with the ideal of following Christ through a total identification with him. Xavier directed the whole strength of his being, through the experience of the Exercises, and especially through the meditation of the Eternal King, to the conquest of the most remote, most different, most forgotten peoples for the Gospel. He opened to the Church the cultures of the East and died exhausted by this immense endeavor.

Key words: "It all began in a student chamber"; "from one king to another King"; "the passion for more"; "his home was the world"; "to live dying"; "always further in our Lord".

*Toma de mí todo, y todavía más.
(Silvio Rodríguez)*

Los aniversarios son un buen motivo para volver a ver el mundo y a nosotros mismos con nueva mirada, es decir, con los ojos de otro. Este año queremos recuperar la mirada audaz de Francisco Javier. Sus ojos, agotados por un descomunal dinamismo, se cerraron mirando las costas de China; hoy, a 500 años de su nacimiento, cuando sus ojos se abrieron al mundo, nosotros los abrimos admirados por un horizonte de universalidad que nos ensancha el corazón, que nos emociona con un pluralismo integrador de conquistar todos los pueblos para Cristo. Esta fue la pasión de Javier.

El mundo de hoy, globalizado en los mercados y en las comunicaciones, está destrozado en la comunión de los pueblos. ¿Qué nos dice Javier hoy, cuando el modelo occidental se extiende por imposición de los medios? ¿Qué nos dice Javier sobre la integración de culturas tan diversas? Cuando la sociedad de consumo nos invita a la comodidad ¿a qué nos invita Javier “el desinstalado” que salió de sí mismo y dio la vida, día a día, por los más abandonados?

Hoy, 500 años después de esta vida tan intensa, a partir de algunos textos de sus cartas y de algunas reflexiones, su gigantesca figura nos invita a convertir nuestra pequeña aldea global en algo más universal: conquistar todo el mundo para Cristo y llenar de sentido nuestras vidas.

TODO EMPEZÓ EN UN CUARTO DE UNIVERSITARIOS...

Los grandes desafíos de la vida, que comprometen a la persona entera, se fraguan en el calor de la amistad y en el fragor de las discusiones apasionadas, típico estilo de ser y hablar entre universitarios.

Precisamente todo empezó en una habitación de la Sorbona, la Universidad de París, en que coincidieron tres jóvenes: Francisco Javier, Pedro Fabro e Ignacio de Loyola, a quienes hoy, en sus aniversarios, recuperamos, porque los sueños y realizaciones que surgieron de su profunda amistad han llegado a nosotros, “y nos invitan a examinar e intensificar nuestro llamamiento en el Señor, pues ellos fueron los primeros en seguir a Cristo de una manera tan creativa que siguen desafiándonos a nosotros” (Kolvenbach, “Carta por los aniversarios de los primeros compañeros”).

La Universidad de París era uno de los centros más importantes de debate y producción de cultura en el mundo de entonces. Javier, Fabro y más tarde Ignacio, coincidieron en un mismo lugar buscando la mejor formación posible. Al llegar a París no tenían la misma motivación, ni habían seguido un itinerario similar. Los sueños que los traían a la gran ciudad eran diferentes, pero los tres venían con el espíritu abierto a lo que este nuevo mundo pudiera ofrecerles.

Ignacio, Javier y Fabro dejaron la seguridad del hogar familiar para buscar su propio modo de estar en la vida, su propia vocación en el mundo. Javier siempre y claramente navarro, como Fabro saboyano, como Ignacio vasco; sin embargo, cada uno dejó el mundo que lo recibió con el corazón

agradecido para emprender nuevos rumbos y encontrar su propio camino. Progresivamente fueron caminos en una misma comunión.

La experiencia de universidad, ya en el Renacimiento, abría las mentes y los corazones a horizontes mucho más amplios, en el sentido totalmente literal. No sólo era la pluralidad y riqueza de las distintas naciones de procedencia, no sólo era la dialéctica babel de muchas lenguas en las discusiones y en las distracciones. Era también que primero Portugal, y luego Castilla, rompieron los esquemas geográficos y progresivamente, con Juan Sebastián Elcano, los esquemas mentales. No en vano, posteriormente, Ignacio escribiría dudoso en su libro de los *Ejercicios* las dos posibilidades geográficas: “la planicie o redondez de la Tierra” (EE 102). Nuevos mundos se incorporaron a los imaginarios de estos jóvenes estudiantes. Probablemente, años después, Javier recordaría emocionado lo que aprendió como discípulo:

A señalar en su pequeño mapa las partes de los cielos, y los puntos en que los indios y los etíopes vagan; y por qué tiene el Ganges sus crecidas y el caudaloso Nilo bocas tantas. (Quicherat I, 179)

A partir de la amplitud de la percepción geográfica ¿empezó Javier a vislumbrar el horizonte de miras más altas?

Javier y Fabro comenzaron una buena amistad. Tener la misma edad les dio una sana empatía, pero no complicidad. Mientras Fabro, de carácter abierto, suave, modesto, profundizaba en estudios y en vida interior, Javier, brillante, atractivo, buen deportista, apasionado y vital, repartía su inteligencia en las discusiones universitarias y crecía en su capacidad de hacer amigos, incluso en salidas nocturnas para celebrar y compartir como hacen los universitarios de todos los tiempos.

Tres años después ingresó en el colegio un peregrino llamado Íñigo, algo viejo para ser estudiante, casi calvo y con una leve cojera... Y compartió el mismo cuarto con dos estudiantes quince años más jóvenes que él. Había madurado en varias batallas; las últimas trataban más bien de conquistas de su espíritu... Las siguientes intentarían la conquista, para Cristo, de sus nuevos compañeros.

“LA MÁS RUDA PASTA”

Ignacio vivió en el mismo cuarto con Fabro y Javier durante cuatro años. Con Fabro, desde el primer momento, hubo un buen entendimiento. Aquél, por

indicación del maestro Peña, el tutor de ellos, iría iniciando a Ignacio en los vericuetos de Aristóteles, y entre lección y lección le fue abriendo su conciencia al tiempo que crecía el afecto mutuo. Javier, en cambio, al comienzo lo recibió con reticencias y marcó las distancias. Uno era vasco y otro navarro. Eso significaba en aquella época ser adversarios.

Uno y otro sabían de qué familias procedían pues las batallas eran las mismas, pero en bandos contrarios. También sus personalidades empezaron a tasarse la una a la otra: Javier, simpático y jovial, con vitalidad arrolladora, buen deportista, soñador y seductor; Ignacio, discreto, a veces seco, de voluntad fuerte, con tenacidad contenida. Los dos coincidían en magnanimidad, es decir, en hacer cosas grandes.

Javier se dedicó intensamente a la búsqueda de triunfos personales, a crecer en fama y en buenos estudios, a recuperar el honor de su familia humillada y arruinada por la derrota. Su carácter facilitaba su amistad con compañeros que eran buenos pero no eran buenas compañías, no sólo por las noches de diversión en el Barrio Latino sino, sobre todo, por la penetración luterana.

Su inteligencia brillante y su pasión dialéctica estuvieron a punto de sentirse seducidas por la herejía. Con Ignacio, Javier estuvo “un poco más duro y dificultoso”, pues el estilo de vida de Ignacio no le atraía nada. Su deseo de ser más, tener más, valer más, no le permitía entender el distinto “más” que le proponía Ignacio. El navarro se mantenía a distancia del vasco en inconsciente y clara autodefensa.

En este momento existencial de Javier, Ignacio, seductor de jóvenes, entró en su vida. Al comienzo, muy discretamente, al ir atendiendo las necesidades económicas de Javier: le conseguía alumnos para clases particulares, le ayudaba compartiendo con él y con otros las limosnas que conseguía, y muchas veces, simplemente, estando cerca y aportando en pequeñas pinceladas una capacidad de ir descubriendo que se pueden hacer cosas buenas, no solamente en intención, sino como voluntad de Dios discernida.

Todo el paso de la vida de Ignacio por su propia existencia Javier lo escribiría agradecido en una carta a su hermano Juan:

Y porque vuestra merced a la clara conozca cuánta merced el Señor me ha hecho en haber conocido al señor maestro Íñigo, por esta le prometo mi fe, que

en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debo, así por haberme favorecido muchas veces con dineros y amigos en mis necesidades, como en haber sido él causa de que yo me apartase de malas compañías, las cuales yo por mi poca experiencia no conocía. Y ahora que estas herejías han pasado por París, no quisiera haber tenido compañía con ellos por todas las cosas del mundo; y esto sólo no sé yo cuando podré yo pagar al señor maestro Íñigo que él fue causa que yo no hubiese tenido conversación ni conocimiento con personas que de fuera mostraban ser buenas, y de dentro llenas de herejías. (*MHSI Monumenta Xaveriana* I, 9-10)

Esta es la primera carta que se conserva de Javier. La escribió a su hermano Juan para que Ignacio se la llevase personalmente en su regreso a su tierra vasca para sanarse con “con los aires natales” y visitar las familias de sus compañeros.

Ante estas expresiones, Ignacio Tellechea comenta:

¡Qué extrañas carambolas ofrece la vida! Se dispararon viejas enconadas pasiones, y gracias a Íñigo, Francisco contemplaba todo con otros ojos. El antiguo antagonista político de su estirpe era ahora su verdadero padre en el espíritu que lo había ganado para Cristo, aquel Cristo crucificado, pero sonriente, que presidía la antigua capilla del castillo de Javier. (Tellechea, 2006: 66)

Javier iría adquiriendo progresivamente “un conocimiento entero para hacer lo bueno que sabe hacer”, es decir, alguna manera de conocimiento saboreado y discernido sobre lo que es bueno, no sólo en el sentido moral, sino en el sentido de espíritus, *gustar y sentir internamente* (EE 2). Conocimiento entero significa, en discernimiento práctico, *para el fin que somos creados* (EE 23).

La llave de este proceso se la ofreció Ignacio con la conocida cita del Evangelio: “¿De que le vale al hombre ganar todo el mundo si se malogra él mismo?” (Lc 9,25). La frase evangélica fue disolviendo sus ambiciones, se dispararon sus sueños. Javier cambió de vida, despidió a su criado, renunció a sus proyectos y se adhirió a Ignacio y a sus planes. Años más tarde Ignacio diría “que la pasta más dura por él jamás manejada, había sido en los principios, este joven Francisco Javier.”

¿Con qué pasión hablaron estos tres jóvenes en este cuarto lleno de confidencias? ¿Qué conversaciones tuvieron que sus resonancias llegaron a dimensiones universales? Sencillamente de la austera instalación de ese cuarto “se desinstalaron” para la expansión de Cristo: Pedro Fabro en media Europa, Javier en medio mundo, Ignacio, “el peregrino”, se instaló en un

cuartito de Roma, desde el cual, cansado de gobernar la Compañía, contemplaba las estrellas. En ellas asumía el universo “sobre la haz de la Tierra, en tanta diversidad... oír lo que hablan las personas sobre la haz de la Tierra, cómo hablan unos con otros... para más seguir e imitar al Señor nuestro” (*EE* 106-109).

Todo empezó en un cuarto y se extendió a otros hemisferios. Todo empezó en una conversación y se expresó en múltiples lenguas de otras culturas. Así de sencillo...

DE UN REY A OTRO REY

Javier fue el último de los primeros compañeros que hizo los *Ejercicios*. Esta experiencia fue profunda e imborrable: profunda, porque salió de ella definiéndose a sí mismo como “otro hombre”; imborrable, porque vería con otros ojos la universidad, los honores y prebendas que dan los altos estudios, las anteriores ambiciones suyas y de tantos compañeros estudiantes y catedráticos. Así, diez años después, sus cartas removerían a toda Europa por la pasión y radicalidad con que “volvía a mirar” la universidad de París. Escribiría a sus compañeros de Roma:

Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: ¡Cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro en sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: “Señor, aquí estoy, ¿qué quieres que yo haga? Envíame donde quieras; y si conviene, aun a los indios.” Cuánto más consolados vivirían, y con gran esperanza de la misericordia divina a la hora de la muerte, cuando entrasen en el particular juicio, del cual ninguno puede escapar, alegando por sí: “Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí cinco más que he ganado con ellos.” (Carta de Javier, Cochín, 15 de enero de 1544)

Javier, por historia y por situación concreta familiar, estaba acostumbrado a cambiar de rey según los movimientos políticos tan revueltos en la decadente Edad Media, cuyo rezago de luchas feudales y monárquicas estaban muy patentes. En pocos años el reino de Navarra pasó a ser gobernado por diversos reyes y regentes: Juan de Albret, Fernando el Católico, el cardenal

Cisneros, Enrique de Albret, Carlos V... Todo ello pudo suponer una especie de movilidad política para llegar a una “movilidad espiritual”, con la cual Javier pudiera hacer la transición del rey temporal al Rey Eternal de los *Ejercicios*.

Este tránsito no fue nada fácil para Javier dado su temperamento apasionado, su enorme presión familiar y la conciencia de capacidades orientadas al éxito existencial. Ésta fue la primera y más radical desinstalación de las muchas desinstalaciones de todo tipo que tuvo que hacer durante toda su peregrinación geográfica y, sobre todo, espiritual.

En los *Ejercicios* Javier tenía clara su renuncia al “rey temporal”. Sus sueños habían estado orientados a la recuperación de la grandeza familiar y a reconstruir su castillo, cuyas torres y muros vio demoler, aterrado, a los diez años de edad. Este era el imaginario emblemático para reconstruir el honor de la familia humillada y derrotada en 1516 por el regente cardenal Cisneros. Su cruzada personal se cargó de responsabilidad cuando sus hermanos Miguel y Juan, con otros familiares, sufrieron progresivamente las derrotas de Pamplona en 1521, donde fue herido Ignacio, y la definitiva de Fuenterrabía, donde los navarros tuvieron que capitular ante Carlos V y renunciar a la independencia del reino de Navarra.

Las otras conquistas del “rey temporal” que Javier había procurado con toda nobleza fueron la del estado eclesiástico y la de honores académicos. Ya había recibido la primera tonsura como clérigo de la diócesis de Pamplona, gracias a su noble sangre y a sus relaciones familiares. El estado eclesiástico le abría camino para las riquezas y los honores. Su primo Martín de Azpilcueta estaba negociando para él una cátedra de derecho canónico en la Universidad de Salamanca.

Todo ello era para Javier lo más natural, dada la ascendencia familiar, pues su padre Juan de Jasso fue presidente del Consejo Real de Navarra, y toda su familia había ganado categoría de familia noble durante siglos en hechos de armas. Javier, hermano menor, no quiso optar por ser caballero mediante glorias militares, sino por la vía de los honores académicos y de los altos ministerios eclesiásticos, pues su inteligencia y su brillantez personal, junto con las influencias familiares, le eran más prometedoras.

Precisamente este es el eje gravitante de su discernimiento radical en los *Ejercicios* y lo expresa claramente en este párrafo que es continuación de la carta anterior:

Me temo que muchos de los que estudian en universidades, estudian más para con las letras alcanzar dignidades, beneficios, obispados, que con deseo de conformarse con la necesidad que las dignidades y estados eclesiásticos requiere. Está en costumbre decir los que estudian: deseo saber letras para alcanzar algún beneficio o dignidad eclesiástica con ellas, y después con tal dignidad servir a Dios. De manera que según sus desordenadas afecciones hacen sus elecciones, temiéndose que Dios no quiera lo que ellos quieren, no consintiendo las desordenadas afecciones dejar en la voluntad de Dios nuestro Señor esta elección. (*Ibídem*)

Al hablar de elección, no se trata de una elección activa: qué elijo yo para realizarme en la vida, sino un ser elegido por Dios para algo grande que en expresión de Ignacio, Javier se apropio literalmente: “Conquistar toda la tierra de infieles.” (EE 93)

Javier encontró el sentido de su vida en ser elegido y consagrarse al servicio del Rey Eternal. En ello Javier centró su razón de ser. Su carácter temperamental, su actividad arrolladora, su simpatía le llevaron con un deseo de dar a Dios la mayor gloria posible. Cuando se guiaba por su ambición era él quien construía sus planes. Como apóstol, en cambio, deseó cumplir el sueño que, junto con Íñigo y sus compañeros, definieron como ir a Jerusalén a combatir a los infieles. Precisamente, la fuerza de su proyecto de vida estuvo en la enormidad de su deseo, de su afectividad. Su sueño de grandeza recobró dimensiones mucho más amplias que la grandeza de un pequeño reino en los Pirineos.

OFRENDA: LA PASIÓN POR EL MÁS

En los *Ejercicios* Ignacio propone que “los que más se quieran afectar y señalar en todo servicio a su Rey Eterno... ofrecerán sus personas” (EE 97). En ese sentido, esta entrega radical de imitar a Cristo en pobreza, persecuciones e incomprensiones, en el caso de Javier, la podemos descubrir con sus propias palabras.

Javier, estando en Roma, dormido en el Hospicio Español, despertó a Simón Rodríguez, su compañero, gritando en sueños: “Más, más, más...” Cuando su compañero le preguntó qué soñaba y por qué había gritado así, Javier eludió responder. Años después, cuando se despidió de él en el momento de embarcarse a la India, le dio la respuesta:

¿Cuántas veces me pediste que te dijera lo que aquello significaba? Veía yo, en sueños o despierto, no lo sé, los grandísimos trabajos, fatigas y aflicciones, que

por hambre, sed, fríos, naufragios, traiciones, persecuciones y peligros se me ofrecían por amor al Señor, y él me concedía entonces que nada de esto me bastará y yo pedía más y más. Sé que en este viaje a las Indias Dios me va a conceder lo que tan intensamente le he pedido siempre. (Lucena, 1600: 1.10)

Pues bien, Javier tuvo todo esto y mucho más. En sus viajes misioneros lo vemos caminando y navegando, pues recorrió más de 42 mil kilómetros en las condiciones precarias y muy arriesgadas del siglo XVI. ¿Nos podemos imaginar como eran las naves y mares aquellos cuando él comentaba que en su viaje a Mozambique, camino de la India, estuvo dos meses revuelto por un agobiante mareo? ¿Podemos revivir por sus cartas las comidas miserables, los olores, la sordidez de los hospitales, la persecución y la agresividad de la gente, algunos éxitos, pero siempre la sensación de fracaso, tercamente conteniendo la tentación de renunciar al *más*?

Sin embargo, Javier gastó y desgastó su vida por los hombres. No tanto por sus amigos, no los de su entorno natural, sino los más alejados, los más abandonados, los más olvidados, los más distintos, los más otros, para que conocieran al Otro, a Cristo.

En sus mismos *Ejercicios*, que Javier vivió de manera temperamental e intensamente espiritual, confirmó su seguimiento a Cristo, su Rey Eternal, con los rasgos que Ignacio reclamó en la conocida meditación de las dos banderas.

Luchó por la bandera de la riqueza, de los honores, de la fama, y durante años quiso hacer carrera para lograr tales ambiciones. Con todo orgullo, ya siendo Maestro en Artes (filosofía), dictó ante un escribano de París un documento en el que pedía al emperador Carlos V el reconocimiento público de su nobleza. Es interesante conocerlo en sus propias expresiones:

Sacra majestad: dice don Francisco de Jasso y de Javier que su dependencia y origen es hijodalgo y gentilhombre noble, por tal habido, tenido y reputado. Y porque el exponente reside en el estudio de París, allá donde está y en otras partes ignoran su hidalguía, nobleza y dependencia, pide y suplica que llamadas y oídas las partes a quien puede atañer, quiera recibir información de su origen, dependencia, hidalguía y nobleza. Y constando lo susodicho ser así, le quieran mandar y declarar por hombre hijodalgo. (Tellechea, 2006: 53)

Precisamente, antes de partir a Venecia, para integrarse en la futura Compañía de *amigos en el Señor*, a Javier le llegó el aviso de haber sido nombrado canónigo de la Catedral de Pamplona. Tal era la plataforma ideal para su “carrera eclesiástica” y diplomática. Renunció a todo ello.

Pocos años después, cuando en un nuevo viaje, esta vez a la India, se embarcó en la nave capitana, se le insistió en que llevase al menos un criado, pues de lo contrario difícilmente podría mantener el prestigio necesario para predicar y adoctrinar a la gente que iba con él, si se le veía lavar su ropa o cocinar su comida. Su respuesta es memorable:

Señor Conde, el adquirir crédito y autoridad por ese medio ha traído a la Iglesia de Dios al estado en que ella está y a sus prelados. Y el medio por donde se ha de adquirir es lavando estas rodillas y guisando la olla, sin tener la necesidad de nadie, y con todo eso emplearse en el servicio de las almas de los prójimos. (Tellez, 1660)

Cuando Javier expresó esto, tenía todos los pergaminos que declaraban que iba a la India como nuncio de su Santidad. Sin embargo, se resistió todo lo que pudo a utilizar el título, pues veía con esa decisión y ese estilo que se podría solucionar la crisis de credibilidad de la Iglesia si, contra los privilegios, se usase más el criterio evangélico de lavar los pies...y preparar la olla.

Tal es el paso apasionado de los sueños de honras mundanas a los criterios evangélicos de una nueva bandera: la pobreza, la humildad. En este sentido, comenta un compañero que “siempre lo encontré llano, sencillo y mal vestido, natural y humilde”, todo ello para una misión más alta.

Resumiendo:

El impacto de los *Ejercicios* le llevó a cambiar, en un giro verdaderamente copernicano, toda su escala de valores, de manera que se alejó de todos sus sueños de grandeza eclesiástica, de poder y de dinero, para entregarse a los ideales del Reino. Para esto, partiendo de una fuente y sacando una consecuencia de absoluta validez, para su tiempo y para nosotros.

La fuente es el descubrimiento de Jesús de Nazaret y el apasionamiento por él. Se ha insistido muchísimo en la eficacia de los ejercicios como método, en su sabiduría en la discreción de espíritus, en sus normas y estrategias. Pero la eficacia básica de los ejercicios nace de la contemplación de Jesús, que lleva a la admiración, a la adhesión, al seguimiento. Javier los experimentó con tal intensidad que fueron su motor inagotable durante toda su vida. (Ruiz, 2006)

“AMIGOS MÍOS EN EL SEÑOR”

Ignacio y Javier estrecharon una cada vez más profunda amistad y empezaron a trabajar en equipo en la naciente Compañía. Javier fue nombrado secretario de la misma y llevaba, junto con Ignacio, la correspondencia con los hermanos dispersos; aunque soñaba con ir a las Indias, ofreció este humilde servicio.

El embajador de Portugal, don Pedro Mascarenhas, solicitó a Ignacio, para Portugal y las Indias, a seis compañeros. Ignacio le contestó: "Si de diez os lleváis a seis ¿qué dejáis para el resto del mundo?"

Fueron designados Simón Rodríguez y Nicolás de Bobadilla. Este último llegó a Roma agotado y enfermo, y era imposible que en ese estado viajase con el embajador a Portugal. El embajador no podía esperar; entonces Ignacio llamó a Javier y le dijo: "Maestro Francisco: ya sabéis cómo por orden de su Santidad, han de ir dos a la India, y que habíamos elegido por uno a Maestro Bobadilla, el cual por su enfermedad, no puede ir, ni el embajador aguardar que sane; esta es vuestra empresa." Entonces Javier con mucha alegría y presteza respondió: "¡Pues, Jesús, hème aquí!"

Javier se fue a remendar a toda prisa unos pantalones viejos y una sotanilla. Luego fue al Vaticano a pedir la bendición del Papa y al final de ese día escribió tres declaraciones que él mismo definió en el sobre como: "Esta es la carta de Francisco para los de la Compañía." Era el 15 de marzo del año de 1540.

Se despidió de Ignacio en un fuerte abrazo. Ignacio le descubrió el pecho para ver si llevaba debajo de la sotana algo de ropa de abrigo para el viaje. Ignacio le dijo al ver el pecho descubierto: "¿Así, Francisco, así?" Y ordenó que le diesen la ropa necesaria. Javier abrigaría su pecho con la bolsita que contenía las firmas recortadas de las cartas de sus compañeros. Años después, a su compañero más compañero, a su padre Ignacio, le escribiría desde la India:

Verdadero Padre mío: Una carta de vuestra santa caridad recibí en Malaca ahora cuando venía de Japón; y en saber nuevas de tan deseada salud y vida. Dios nuestro Señor sabe cuán consolada fue mi ánima; y entre otras muchas santas palabras y consolaciones de su carta, leí las últimas que decían: "Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno, Ignacio"; las cuales, así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y tiene, y también considerando cómo de los muchos trabajos y peligros de Japón me libró Dios, nuestro Señor, por la intercesión de sus oraciones. Menor hijo y en destierro mayor, Francisco. (Carta de Javier, Cochín, 29 de enero de 1552)

Llevaría los nombres de sus amigos en el Señor dentro de su alma, pues ya no les volvería a ver. Aunque todo el resto de sus años misioneros estuvo en otros lejanos horizontes, su experiencia de Compañía la llegó a definir de manera profundamente afectiva: "Compañía de Jesús quiere decir

Compañía de amor y de conformidad de ánimos". Estas palabras expresan de manera admirada el principio de la unión de los miembros de la naciente Compañía.

Sólo el llamamiento de Cristo nos hace amigos; la Compañía, aun en la dispersión, se lleva en el corazón. No se trata de una organización eficiente, sino de compartir y expandir de manera apasionada el seguimiento de Cristo. Javier fue compañero de Jesús en otras latitudes, en otras culturas. Cumplió por fin un silencioso, prolongado y ardiente anhelo de su alma. El 7 de abril de 1541 se embarcó a la India. Ese día cumplió 35 años.

"NUESTRA CASA ES EL MUNDO"

Francisco Javier, en su corazón tan grande como el mundo, comprendió casi literalmente la ofrenda a su "Rey Eterno y Señor universal", cruzó océanos, caminó sin saber a dónde era llevado. Como señala su tocayo Xavier Léon-Dufour:

Difícilmente se alcanza a entrever la cantidad de obstáculos que el apóstol hubo de superar en sus proyectos. ¿Qué son estos cuarenta meses y pico pasados en el mar sino un ininterrumpido ejercicio de paciencia? Uno de cada tres días, Francisco Javier se vio condenado a no poder hacer nada. Ciertamente, no pocas ocupaciones se ofrecían también en el barco, pero su misión era ir a los indígenas. (León-Dufour, 1998: 145)

Él mismo vuelve a acordarse de los nuevos compañeros que ingresan a la Compañía, ahora los ve con ojos apasionados por la misión:

Muchas veces pensé que los muchos letrados de nuestra Compañía que a estas partes vinieren, han de sentir algunos trabajos, y no pequeños, en estos peligrosos viajes, pareciéndoles que será tentar a Dios cometer peligros tan evidentes, donde tantas naves se pierden; pero vengo después a pensar que esto no es nada, porque confío en Dios nuestro Señor que las letras de los de nuestra Compañía han de estar señoreadas de espíritu de Dios que en ellos habitará porque, de otra manera, trabajo tendrán y no pequeño. (Carta de Javier, Malaca, 22 de junio de 1549)

En este texto Javier proyecta su experiencia personal, su ambición de letras y honores se ha transfigurado en pasión por los más otros, los más distintos, los más alejados, los que están en los márgenes de la geografía y cultura occidental, pues en ellos está Cristo.

Unos rasgos que definen su personalidad lo resalta claramente Xavier León-Dufour:

En el caso de Javier, el temperamento base, sobre el cual el Señor iba a modelar el apóstol era extraordinariamente rico: impetuoso sí, pero al mismo tiempo afectuoso. De una ternura que nada tiene que ver con la debilidad. (León-Dufour, 1998: 78)

Los viajes por mar eran muy peligrosos. Tanto, que los pasajeros hacían testamento y se confesaban antes de partir porque muchos de ellos morían antes de llegar. Pestes, fríos, tempestades, las temibles calmas en la mitad del océano, las discusiones y broncas agudizadas por la inactividad, las escondidas prácticas de homosexualidad entre algunos marineros, el agua corrompida y los alimentos agusanados...

Javier no usaba su título de legado pontificio, se disculpaba por no sentarse a la mesa del gobernador, jugaba naipes con los marineros, lavaba su ropa, y alguna vez diría: "Nadie tiene mayor dignidad que cuando uno lava su ropa", pues hacía años que había renunciado a su sirviente. Su tiempo lo dedicaba totalmente a cuidar a los enfermos. En Mozambique habían muerto ya ochenta pasajeros y el mismo Javier estuvo muy grave. Tanto tuvo que soportar el asco de dos meses de mareo, que al final del viaje escribió Francisco: "No lo repetiría ni un solo día por todo el oro del mundo." Pero por el Evangelio estaba dispuesto a todo.

Por fin llegaron a la India. Al comienzo, a pesar de estar entre gentes y lenguas tan diferentes, empezó a predicar con relativo éxito. Recorría las calles con una campanilla llamando a pequeños y mayores. Escribía en sus cartas que se le cansaban las manos de tanto bautizar. Además de predicar con la palabra también predicaba con su ejemplo: vivía pobremente, mendigaba el pan, atendía a los enfermos y leprosos, ayudaba a los presos, sacaba en las madrugadas largos tiempos para la oración... Y quería a todo el mundo, y se sentía querido por muchos.

En este sentido escribiría a su discípulo Francisco Mansilhas 24 cartas llenas de consejos que podríamos considerar llenos de sentido común misionero:

Conversaréis con todos, con rostro alegre, no avergonzado ni severo; porque si hoy vieran serio y triste, muchos, por miedo se dejarán de aprovechar de vos; por tanto sed afable y benigno, y las reprensiones en particular, sean con amor y

gracia... si el pueblo os ama y está bien con vos, mucho servicio haréis a Dios.
(Carta de Javier, Tucurín, 14 de mayo de 1544)

En tierra la vida era igualmente dura. El continuo viajar de una aldea a otra bajo los rayos de un sol abrasador, la mala alimentación, el desconocimiento de la lengua, la testarudez, ingratitud y groseras calumnias de algunos cristianos se fueron haciendo presentes cada vez más.

Después de estar un año en Goa, dejó la India para ir a la península de Malaca, la actual Malasia. Un mes de nuevos peligros por mar. Al llegar se encontró con gente de vida blanda y viciosa. Él, por el contrario, se instaló en una pobre choza, y por las noches pasaba en oración durante largas horas.

Desde Malaca se dirigió a las Islas Molucas. Allí no le bastaba la campanilla, pues los pobladores eran muy huidizos. Tuvo que escalar montes para dar con ellos y atraerles con cantos. Les gustaba tanto el canto, que tradujo el catecismo a su lengua y les puso música. Cuentan que por todas las casas se oía cantar el Padrenuestro y los mandamientos. Los mejores catequistas eran los niños que con sus cantos evangelizaban a sus padres. Toda esta inculturación del Evangelio la expresa vivamente en su carta a los compañeros de Roma:

Luego que llegué a esta costa –Cabo de Comodín– donde ellos están, procuré saber de ellos el conocimiento que de Cristo nuestro Señor tenían y demandándoles acerca de los artículos de la fe, lo que creían, o tenían más ahora que eran cristianos que cuando eran gentiles, no hallaba en ellos otra respuesta, sino que eran cristianos, y que por no entender ellos nuestra lengua, no sabían nuestra ley ni lo que habían de creer; y como ellos no me entendiesen, ni yo a ellos, por ser su lengua natural malabar y la mía vizcaína, junté entre ellos los que eran más sabedores, y busqué personas que entendiesen nuestra lengua y suya de ellos. Y después de habernos juntado muchos días con gran trabajo, sacamos las oraciones comenzando por el modo de santiguar... Después de haber sacado en su lengua y saberlas de coro (de memoria) iba por todo el lugar con la campana en la mano, juntando todos los muchachos y hombres que podía, y después de haberlos juntado, los enseñaba cada día dos veces y en espacio de un mes enseñaba las oraciones, dando tal orden, que los muchachos a sus padres y a madres, y a todos los que de la casa y vecinos, enseñasen lo que en la escuela aprendían. (Carta de Javier, Cochín, 15 de enero de 1544)

En las Molucas llegó a ser tan atrevido que a pesar de que los “cortadores de cabezas” habían matado a todos los misioneros anteriores, se lanzó a predicar con éxito en las temibles islas del Moro sin aceptar los antivenenos; tanto es así que Javier la bautizó como “tierra de esperar en Dios”.

En tierra los pobres eran sus preferidos. Por eso los portugueses le despreciaron. Javier sabía que estar con los de abajo era estar con todos. Aprendió todas las lenguas, las adaptó a sus músicas, utilizó medios pedagógicos buscando el criterio ignaciano para extender la misión: el bien más universal.

Su temperamento pasional y su sentido de que la fe y la justicia están estrechamente entrelazadas le llevó a ser un misionero tercamente combativo.

Javier se esfuerza denodadamente por mejorar desde dentro el sistema injusto y pelea constantemente contra las injusticias concretas. Se esfuerza y se arriesga por sanear la corrupción de Goa, consigue que los fondos oficiales lleguen al hospital sin distraerse en la administración, promueve juicios justos y rápidos para los pequeños delitos, mejora las condiciones sanitarias, modera el mal trato de los esclavos, se rebela contra los abusos de los portugueses y los denuncia al gobernador, defiende con uñas y dientes a los pescadores *paravas* contra los impuestos abusivos y contra los invasores, participando físicamente en actos bélicos... Una magnífica labor. Sin cuestionar nunca la maldad intrínseca del sistema. (Ruiz, 2006)

A Javier no le bastaba la India ni Oceanía. Quería ganarse todo el Oriente y embarcarse hacia Japón. Allí no fue fácil su trabajo. Intentó ganarse la amistad de los daimios o jefecillos, incluso la del mismo emperador. Para eso, a través de su contacto Anjiro, un japonés convertido al cristianismo, en 45 días se aprendió el Credo en japonés, para proclamarlo a todo el que le quisiera escuchar. Pero no conseguía más que unos cientos de bautizados y Javier soñaba contar por miles y por naciones. Cambió entonces su vieja sotana, con la que apenas conseguía otra cosa que desprecios y burlas, y se vistió de seda y trajes finos, a la vez que ofrecía regalos. Eso gustaba más a los japoneses. Pero al final llegó a esta conclusión: Japón sólo se haría cristiano si se convertía primero al gran imperio de China.

Por su pasión de ir más adelante hizo suyos los criterios sobre la misión, que luego aparecerían en las "Constituciones" que Ignacio estaba redactando: donde hay más urgencia, donde hay más necesidad, donde el bien es más universal... siempre la búsqueda del más, casi hasta el frenesí.

Su deseo era según los *Ejercicios* que hizo intensamente, salvar su alma salvando almas. Su teología, sus imaginarios sobre salvación y condenación le llevaron a "salvar almas" en sentido casi cuantitativo; sentía que cada alma debía descubrir que es imagen de Dios una a una, que tenían que acrecentar los límites de la Iglesia entendidos de manera geográfica y cultural.

Es más, su formación humanista del Renacimiento, le llevó, progresivamente, a descubrir la maldad como una fuerza que se opone a que las personas sean verdaderamente personas; estas oposiciones deshumanizantes que principalmente provenían de los portugueses y, en su momento, de los brahmanes, las fue descubriendo como terriblemente despersonalizadoras, inspiradas por malos espíritus interesados en defender sus intereses.

En su temperamental oposición a estos grupos de poder fue apelando cada vez más a la conciencia. Javier era una persona cuyo trato, en un barco o en una ciudad, no se podía mantener sin sentirse arrastrado irresistiblemente a mejorar la propia vida. Javier era consciente de su seducción espiritual, como aprendió de Ignacio, pero era más consciente de su pasión por el otro. En algún momento lo manifestó de manera muy expresiva: “Si supiera que danzando podría hacer bien a alguno, ¡yo danzaría!”

Al final el apóstol no vió en el prójimo únicamente “almas” sino personas concretas: portugueses, curas relajados, compañeros jesuitas, indígenas, brahmanes, bonzos, brujos, piratas... Al fin Javier pudo decir, como Pablo: “Me he hecho todo a todos.”

En vasco Javier significa “casa nueva”. Él hizo del mundo su casa y la hizo nueva con la iluminación de la nueva noticia, con la pasión de llevar la novedad del Evangelio a medio mundo. Su corazón fue tan intenso, tan gigantesco, que fue el hombre que abrazó el mundo. ¿Algún día podríamos hacer posible esta globalización alternativa, al menos más evangélica?

AMAR A LOS MÁS “OTROS”

Javier se convirtió en ciudadano del mundo. Nació entre fronteras. El reino de Navarra era entonces una sola nación en dos estados: la alta Navarra formaba parte de Castilla y la Baja Navarra se integraría al reino de Francia, precisamente con esta denominación. Las cadenas del escudo navarro formaron parte de los escudos de los respectivos estados. No en vano el primer rey Borbón de Francia, Enrique IV, era navarro. Todo este proceso de un reino cabalgando en los Pirineos marcó en Javier un imaginario de romper fronteras e integrar pueblos.

En París los distintos colegios estaban denominados por “naciones”: la Francesa o Galicana, la de Picardía, la Normanda y Germana. A ésta pertenecían

también los ingleses y escoceses. Los estudiantes de España, Portugal, Italia, Islas del Mediterráneo y Turquía, pertenecían a la nación Galicana. Hablaban todas las lenguas, porque eran de todos los países. El latín les integraba entre ellos. Las lenguas les abrían los horizontes y ello les abría a una peculiar vivencia de Pentecostés.

Ya hemos presentado la riqueza y variedad de los amigos en el Señor: un vasco, un navarro, un saboyano, un portugués y tres castellanos. Posteriormente se incorporarían dos franceses y otro saboyano. Éstos serían los primeros compañeros. Javier estaba totalmente acostumbrado a otras lenguas, a otras culturas, otros distintos. La *Universitas* le había hecho más universal.

En los ejercicios que hizo con Ignacio, éste le iniciaría a contemplar la “planicie y redondez de todo el mundo lleno de hombres” (EE 102). La duda sobre la geografía de la Tierra era un tema apasionante de discusión que resolverían en esos años la travesía de Magallanes y Juan Sebastián Elcano. Javier confirmaría la redondez de la Tierra siguiendo los surcos que ellos abrieron.

La contemplación de Ignacio ofrece “ver a las personas, las unas y *las otras*, en tanta diversidad, así en trajes como en gestos: unos blancos y otros negros...” (EE 106). En fin, Javier se integró con vascos, españoles, franceses, romanos, portugueses, judíos, tamiles, paravas, malasios, indonesios, pescadores de perlas, japoneses, chinos, piratas, salteadores, brahmanes, bonzos, esclavos, pobres, ricos, bandidos... y jesuitas. Como él diría, “mil millares de gentes”.

Tuvo grandes amistades. Los años más felices fueron los que pasó con los pescadores de perlas y los paravas en las islas Molucas. Sus mejores amigos y aliados eran los niños y niñas. Sus mayores enemigos -en tanta ceguedad, como dicen los *Ejercicios*-, fueron los portugueses, que, como decía Javier con humor, declinaban el verbo latino “robo, robas, robare...” También le hostilizaron los brahmanes en la India, los bonzos en el Japón, pues perdían su ascendiente ante el pueblo y el enriquecimiento de sus respectivos templos. Diego de Ataíde, gobernador de Goa, le arruinó la expedición que tenía preparada para entrar en la China. A todo ello se añadieron los constantes problemas que le dieron los jesuitas no probados.

Javier se integró a culturas dispares y mal que bien aprendió distintas lenguas. Sintió la gratificación de los primeros éxitos, pero sintió también el

fracaso, sobre todo en el Japón; tanto así, que escribió a su compañero Simón Rodríguez que lo único que esperaba era “abrir camino a otros ya que yo no abro nada”.

Precisamente esta “pasividad” de no encontrar fruto le hizo encontrar a Dios presente por medio de la comunidad de los compañeros, los amigos en el Señor. Por eso hizo lo que todo humanamente posible para guardar contacto con ellos. Recibió el correo de Europa sólo cinco veces en los diez años. El último le llegó a los cincuenta meses.

Javier escribía incesantemente e hizo familiares en Europa los nombres de Goa, Cochín, Malaca, Ternate, Amboino, Isla del Moro, Yamaguchi. Pedía incesantemente hombres, hombres hechos y derechos, curtidos y bien probados, no los desperdicios de Europa; los pidió envueltos en sabiduría para el Japón, penetrados de humildad y mansedumbre para la India. El hombre jovial que todo lo hacía con la sonrisa en los labios, sacó tiempo para escribir largas cartas y ansió recibir las de sus compañeros.

Nuncio de Oriente nombrado por el Papa, y provincial de la Compañía con jurisdicción que abarcó desde el Cabo de Nueva Esperanza hasta el Japón, renunció a sus altas investiduras para estar con los otros: los niños y los leprosos. A “los nuestros”, los jesuitas, los tuvo presentes siempre en su corazón; para “los otros”, los más pobres, los más abandonados fueron el motivo por el que se entrega a todos, desde la gran elección que estructura su vida, hasta el irse dando en la vida cotidiana.

“VIVIR MURIENDO...”

La ilusión de Javier por entrar en China era grande. Quería predicar allí el Evangelio y establecer la Iglesia, como lo había hecho hasta un año antes en el Japón, y como lo había hecho anteriormente en las Islas Molucas, y antes, en el sur de la India. Llevaba varias semanas esperando que un mercader lo llevara a Cantón y tenía miedo que éste se arrepintiera, pues había pena de muerte para aquellos que introducían un extranjero en territorio chino. Efectivamente, el mercader cantonés nunca regresó.

Javier estaba muy débil, por agotamiento y por una fuerte indisposición. Le subió la fiebre y le aparecieron los síntomas de la pleuresía. Dos días después de caer enfermo y según la medicina de entonces, le hicieron una sangría. Como no mejoró, al día siguiente le volvieron a hacer otra y le dieron

una purga. Perdió el conocimiento. En el delirio de la fiebre mantuvo en voz alta coloquios con Dios, probablemente en su lengua materna, el vasco, o quizás en otras de las distintas lenguas que aprendió. Perdió el habla y no reconoció a nadie por cinco días.

Cerca ya del fin, recuperó el habla y volvió a reconocer. En la choza de paja cedida por un portugués estuvo solo con el chino Antonio de Santa Fe, un catequista leal. Éste vió que llegaba la muerte y se quedó en vela toda la noche. Le puso enfrente un crucifijo, al que Javier miraba continuamente. Antonio escribiría bastante después: “Y un poco antes de que amaneciese, yendo desfalleciendo, le puse la candela en la mano y con el nombre de Jesús en la boca, dio su alma y espíritu en las manos de su Criador y Señor con gran reposo y quietud.” (*Monumenta Xaveriana* II, 896). Era el 3 de diciembre de 1552, en Sancian, un islote perdido frente a las costas de la China.

En ese instante se cumplió hasta el agotamiento la elección radical de seguir a su Rey en la invitación de conquistar toda la tierra de infieles (*EE* 93): “¡Qué descanso vivir muriendo cada día por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!” (Carta de Javier, Goa, 20 de septiembre de 1542)

El mundo hostil había extenuado a este hombre, pero el Señor vivió en él. Javier era plenamente libre. No puso al Señor condición alguna previa a su entrega total, éxito o saludo, facilidad o dificultad. Se fue con sencillez despojado de todo, pues lo había entregado todo: “Toma de mí todo, y todavía más.”

El *más* que pidió intensamente en su juventud, el Señor se lo dio en abundancia, siempre por caminos desconcertantes, siempre desinstalándolo de una situación a otra. Y si como ignacianos somos especialistas en “algo más”, Javier llevó el más hasta las últimas consecuencias.

Ahora, después de recorrer el testimonio de vida de Javier podemos retomar con más claridad y más inspiración las preguntas iniciales.

En una sociedad tan autocomplaciente ¿estamos dispuestos a gastarnos y desgastarnos por Cristo, ante el rostro de nuestros hermanos que más nos descentran?

En nuestro país y en nuestra cultura se está tratando el tema de la inclusión, desde lo social, desde lo político, e incluso desde lo filosófico; y

muchas veces esta inclusión es interesada: pretende integrar a todos en los imaginarios de la cultura occidental. Inspirados en Javier, podemos ofrecer a la globalización selectiva otra globalización más evangélica, pluricultural, donde incluyamos a los otros, los distintos, los que están al margen de nuestra geografía, de nuestra cultura, de nuestros imaginarios. ¿Podríamos integrar con audacia una Iglesia más “católica”, no tanto romana, sino más universal, más plural, más distinta, con más apertura a los diferentes?

Y más adelante Javier no sólo llegó a otras latitudes donde afrontó la evangelización de los más alejados, de los más olvidados, de los más distintos, sino que fue pionero en métodos de evangelización a través de la música. Fue creativo al asumir otras culturas y dialogar con ellas, asentó las bases para formar las nuevas iglesias autóctonas, abrió el camino para la consolidación de la Iglesia en todo el Oriente. Sus cartas abrieron las mentes e inflamaron los corazones misioneros de media Europa.

Hoy, en un mundo globalizado ¿podemos ir más adelante en audacia misionera, en visibilidad y liderazgo para abrir caminos, en fidelidad creativa en la Iglesia, en testimonio de sencillez de vida e inserción, en desinstalación para llegar allá donde nadie está?

Nuestra globalización es interesadamente parcial: globalización de los mercados y globalización de los medios. Javier nos ofrece una globalización alternativa: la del Evangelio, no desde el poder, sino la de la solidaridad con los de abajo, con los más olvidados; pensemos que “otra globalización” es posible porque para Dios nada es imposible.

Y todo ello centrado en el Señor nuestro, como Javier, quien hizo de su vida en entrega absoluta a su Rey y Señor: “Toma de mi todo, y todavía más.” ¿Podemos anunciar a Jesucristo y su Evangelio en el mundo de hoy, donde hay la impresión de un desfase cultural y de inoperancia de la fe? ¿Anunciar a Jesucristo –fuera de ámbitos pastorales– nos parece tan “políticamente incorrecto” que de hecho no nos animamos a hablar expresamente de él en nuestra cultura?

En consecuencia, descubrimos en Francisco de Javier a un hombre de su tiempo, de teología medieval y mentalidad colonizadora, que entrega su vida en pobreza y servicio movido por un apasionado amor a Jesús de Nazaret. Comprobamos que yerra como todo ser humano, que es incapaz de advertir las carencias de su teología y los abusos esenciales del sistema político al que sirve, que no tiene ojos más que para las aberraciones de los sistemas religiosos con los que tropieza, y que, por eso mismo, nos sirve de espejo y de referencia. Porque tampoco

nosotros seremos capaces quizá de advertir nuestras propias carencias, limitaciones y desviaciones, pero podremos ser igualmente válidos para el Reino si nos mueven las mismas motivaciones y la misma inquebrantable sinceridad puesta al servicio de los demás. (Ruiz, 2006)

En este sentido una última pregunta más personal: si elegir es renunciar, ¿podemos vivir muriendo a nuestras pequeñas instalaciones, a partir de una elección más estructural? ¿Vivir de tal manera, en opción y estilo de vida, que todo, hasta los detalles de nuestra vida cotidiana, quede determinado por un amor apasionado en seguimiento a Cristo?

“Siguiéndoos, Señor, no podré perderme”, dijo Javier... No se perdió, se ganó a sí mismo, se ganó para nosotros, se ganó para la Iglesia porque ganó medio mundo para Cristo. Su pasión por el hombre nació de su identificación con Jesús hasta gastar y desgastar su vida... como el Cristo de su castillo de Javier, con la sonrisa en los labios. “Qué descanso vivir muriendo”... Y resucitando, desde hace quinientos años.

BIBLIOGRAFÍA INSPIRADORA

LEÓN-DUFOUR, XAVIER, S.J., *San Francisco Javier, itinerario místico del apóstol*, Mensajero, Sal Térrea, Bilbao, 1998.

LUCENA, JOAM DE, *Historia da vida de Padre Francisco de Xavier*, Lisboa, 1600.

RUIZ DE GALARRETA, JOSÉ ENRIQUE, “Francisco Javier: mucho menos y mucho más”, en *Razón y Fe*, febrero de 2006.

TELLECHEA, IGNACIO, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Cristiandad, Madrid, 1986.

TELLECHEA, IGNACIO, *Los sueños de Francisco Javier*, Sígueme, Salamanca, 2006.

TELLEZ BALTASAR, S.J., *Chronica*, Coimbra, 1660.

SCHURHAMMER, GEORG, S.J., *Francisco Javier, su vida y su tiempo*, Gobierno de Navarra, Compañía de Jesús, Arzobispado de Pamplona, Pamplona, 1992.

Los textos de las cartas de Francisco Javier están tomados de: *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, BAC, Madrid, 1963. Han sido seleccionados por Santos Rugel, S.J.